

Universidad Tecnológica de El Salvador

Hacia la construcción ética del hombre desde una perspectiva filosófica



El enfoque de la ley natural

De acuerdo con este enfoque, existen siete valores fundamentales que se identifican con la esencia del ser humano.

1. La vida respeto a todo lo que tiene vida. 2. La amistad amor al prójimo. 3. El conocimiento y derecho a la instrucción. 4. Belleza participación en lo que uno considera bello y alimenta el espíritu. 5. Alegría tener buen ánimo. 6. Religión participación activa de la espiritualidad y purificación del alma. 7. Racionalidad práctica ejercicio de una vida consecuente en la búsqueda de los valores fundamentales. Participar de estos valores fundamentales, hacen del hombre un ser más pleno, más humano. Atentar a los mismos significa ser menos humano, se actúa anti-éticamente; se contradice la voluntad divina pretendida para cada ser.

Toda persona esta llamada al compromiso con estos valores fundamentales. De dicho compromiso se derivan cuatro principios (éticos) de justicia personal a seguir por todo hombre: a. No contrariedad No actuar directamente en contra de un valor fundamental. b. Libertad a mayor libertad mayor es el compromiso con los valores fundamentales. c. Reacción toma de medidas para evitar acciones contrarias a

estos valores. d. Bien común contribuir al bien común facilitando la participación de los demás de los valores fundamentales.

La trascendencia de los valores humanos

Diógenes, filósofo griego originario de Sinope (Asia Menor), está considerado como el miembro más destacado de la escuela cínica fundada por Antístenes. Desterrado de su ciudad natal, vivió la mayor parte de su vida en Atenas. Contemporáneo de Aristóteles y de Alejandro Magno, su vida nos es conocida, sobre todo, por Diógenes Laercio y otros autores antiguos, que cuentan sucesos curiosos. En dichas narraciones, Diógenes se nos aparece siempre como un personaje extravagante que lleva hasta las últimas consecuencias la tesis básica de la escuela cínica: el vivir conforme a la naturaleza, el desprecio de las convenciones sociales y la absoluta independencia respecto de las instituciones.

La tradición ha recogido numerosas anécdotas sobre su vida. Sin apego ninguno por los bienes materiales, Diógenes vivía como un vagabundo, como un "auténtico perro" (de donde deriva el nombre de cínico), se aloja dentro de un tonel. Y estaba una mañana sentado al sol, junto a su tonel, cuando



sin motivo las decisiones tomadas. Algo tan importante como lo que llamamos "fuerza de voluntad" no es otra cosa que un conjunto de hábitos buenos conseguidos después de haber repetido muchos actos en la misma dirección.

Ésta es la regla de oro de la educación del espíritu: la repetición. Hay un pequeño caso que afecta a una parte importante de la humanidad y que nos ofrece un buen ejemplo: la hora de levantarse de la cama. Casi todos los hombres tenemos la experiencia de lo que supone en ese momento dejarse llevar por la pereza, y los que son más jóvenes la tienen de una manera más viva.

Si, al sonar el despertador, uno se levanta, va creando la costumbre de levantarse, y, salvo que suceda algo como un cansancio anormal, resulta cada vez más fácil hacerlo. En cambio, si un día se espera unos minutos antes de dejar la cama, al día siguiente costará más esfuerzo; y si se cede, todavía más al día siguiente. Así hasta llegar a no oír el despertador.

Virtudes humanas fundamentales

Las virtudes humanas fundamentales son, desde Aristóteles, las siguientes: prudencia, justicia, fortaleza y templanza. La

prudencia es la virtud que dispone la razón práctica a discernir en toda circunstancia nuestro verdadero bien y a elegir los medios rectos para realizarlo. "El hombre cauto medita sus pasos" (Prov. 14,15).

La prudencia es la "regla recta de la acción", escribe Santo Tomás (Suma teológica. 2-2, 47,2), siguiendo a Aristóteles. No se confunde ni con la timidez o el temor, ni con la doblez o la simulación. Es llamada la "auriga virtutum": Conduce las otras virtudes indicándoles regla y medida. Es la prudencia quien guía directamente el juicio de conciencia.

El hombre prudente decide y ordena su conducta según este

todos han llegado a dominar esas técnicas (de poner un tirafondo, saltar con pértiga, tocar el arpa.) del mismo modo: repitiendo muchas veces las mismas acciones. En ocasiones -como un buen intérprete de cualquier instrumento-, ensayando muchas horas al día y muchos días al año.

Tanto el bien como el mal obrar forman costumbres e inclinaciones en el espíritu; es decir, hábitos de obrar. A los buenos se les llama "virtudes"; y a los malos, "vicios". Un hábito bueno del espíritu es, por ejemplo, saber decidir sin precipitación y considerando bien las circunstancias. Un vicio, en cambio, en el mismo campo, es el atolondramiento, que lleva a decidir sin pensar y a modificar muchas veces y

